



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12078

PRECIOS DE SUSCRIPCION

la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extran.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º 6 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 12 DE FEBRERO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Hambourg-Montmartre, 31.

Las cooperativas

Al calor de las frecuentes huelgas que agitan al país y en presencia de la enorme lesión que causan por igual a patronos y obreros, se aviva el pensamiento buscando medios que faciliten el problema social.

Desde hace tiempo viene preconizándose como de realización fácil y de resultados seguros, el establecimiento de cooperativas; y extrañamos sobremanera, que en la larga y porfiada lucha que viene librando el elemento obrero para mejorar su triste situación, no haya hecho caso de recurso tan fácil.

Asocianse los trabajadores de todos los oficios para lograr dos cosas, simultánea ó separadamente: ganar mayor jornal y hacer menos trabajo. Fuera de eso no hay más objetivo, ni buscan otro medio que les proporcione parte grande de la vida del bien a que aspiran; pareciendo como si en los libros es que aprenden el credo que informa su conducta, no hubiese otra cosa que la huelga y siempre la huelga.

Sin embargo, hay más; y si á practicar se encaminaran los obreros, realizarían por medios pacíficos, sin daño de nadie, ni tampoco propio, una parte de lo que persiguen: un aumento en los medios de vida, que en último término significaría lo mismo que si se les aumentase el salario.

Cada sociedad obrera no es ni más ni menos que una cooperativa. Reuniéndose y obrando de común, se coopera a un fin; pero como las formas de cooperar son diferentes, tanto se coopera cuando

se suman las voluntades para reducir al patrón, como cuando se suman céntimos para formar un capital ó para proporcionarse más baratos los artículos de comer.

Si los obreros se fijaran en esto; si lo estudiaran con cariño; si comprendieran la verdad del adagio *por todos los caminos se va á Roma*, simultanearían el sendero; y sin abandonar el de sus preferencias, —pero sólo en casos extraordinarios—trillarían ese otro de la cooperación, que si no lleva al bienestar completo, no hay duda que lleva á cosechar buen fruto.

Como prueba de lo que decimos, alla va este ejemplo:

Hace unos cuantos meses —poco más de un año—reuniéronse nueve trabajadores formando sociedad y se impusieron el pago de una cuota semanal, pequeña, para reunir un fondo y adquirir comestibles de primera mano. Realizada la idea, renunciaron á aprovecharse de momento de la diferencia de precio entre el almacén y la tienda y la dejaron en la caja social, resultando como si juntamente con la cooperativa de consumo tuviesen una caja de ahorros.

El tiempo ha transcurrido; las ganancias han ido acumulándose y actualmente cada uno de los socios es dueño de cuarenta y tantos duros, teniendo esperanzas de ser, corriendo el tiempo y siguiendo acumulando las utilidades, accionistas de una sociedad reducida, que cuente por muchos miles de pesetas su primitivo y risible capital.

Es seguro que de permanecer los citados obreros como estaban, no serían propietarios de la modesta suma que poseen; ninguno de ellos disponía de lo necesario para comprar en grande; pero se asociaron

y así como la unión constituye la fuerza para imponer condiciones al patrón, también sirve para vivir con más holgura ó para ahorrar dinero.

Mucho podríamos hablar de las cooperativas con ejemplos prácticos; materia nos darían sobrada la del Ejército y la Marina, establecida desde hace muchos años en esta ciudad; la del barrio de la Concepción; la establecida en los Molinos que ayer precisamente cumplió los ocho años de su fundación; la de la Aparejada que tiene casa propia; la de Perín y otras que ponen de relieve lo que puede la unión.

Estudien esos ejemplos los trabajadores que nada perderán con ello, y aprenderán en cambio muchas cosas que no están de más.

MICROSCOPICAS

Por muchas vueltas que el presidente de la Cámara Agrícola del bajo Aragón le oche á la llave del sepulcro del Cid, no podrá evitar que el alma del esforzado caballero, y las de otros hombres no menos ilustres, acudan á nosotros, sacándonos de quicio, cada vez que trae el aire rumores de proezas.

Vienen ahora del lugar en que opera el Mina navarroense, ó sésse Dewet, el cual ha dejado una vez más al generalísimo del ejército de la Gran Bretaña corrido como un mono.

Con paciencia ejemplar había ido Kitchener tomándole los caminos para tapar toda salida al esforzado guerrillero. Durante siete meses estuvo preparando sus peonés en el tablero de la guerra. Había que dar mate de una sola jugada y situó nada menos que veintitres columnas. Pero no contó con el diabólico manobrar de su enemigo, y cuando, seguro de echarle la zarpa, corrió al punto donde creía hallarlo, se encontró con el sitio.

Dicen que la noticia ha causado en Lon-

dro una inmensa sensación. Claro, la misma que causaban en París las maniobras del Dewet español, cuando en aquella memorable y titánica lucha de primeros del pasado siglo se burlaba con cuatro mil patriotas de un número diez veces mayor de franceses.

Cuarenta mil de éstos no pudieron apoderarse de Mina por más que lo intentaron.

A los ingleses les pasará lo mismo con Dewet: cada vez que intenten cogerlo se les escapará como ahora.

Es tontería. Cuando los pueblos no quieren someterse al yugo, cada hombre es un guerrillero y cada guerrillero se torna un Dewet.

Razón tenía el generalísimo al decir que quedaban en el campo de batalla tres núcleos importantes de rebeldes.

Su número es visible; mas ganando batallas sin disparar un tiro, como la de ahora, pudiera acontecer que si Holanda se atreviese de nuevo á meter el capote no se la dijera, como se la ha dicho:

—Quito usted de ahí.

Raul.

Algo sobre las causas DE LA CRISIS MINERA DE LA SIERRA DE CARTAGENA

La baja en el precio de los metales, agravada por el descenso de los cambios, los elevados impuestos sobre la industria, el mayor valor de los explosivos y de otros materiales de consumo y el aumento de los jornales, son las causas que principalmente han determinado la aguda crisis que sufre en la actualidad la importante comarca minera de Cartagena.

Numerosos obreros sin trabajo, y sin medios, por tanto, de conseguir el necesario sustento: las empresas que á duras penas se sostienen, viviendo con la intranquilidad y las dificultades que originan las causas antes indicadas, y la visión del hambre para unos, en cuanto se agoten los recursos que la caridad facilita, y de la ruina para todos si persisten las desfavorables circunstancias presentes, es el único y ate-

rrador horizonte que se vislumbra. Grave es la situación y difícil el remedio; pero por esto mismo hay que estudiar el problema en toda su extensión, para buscar soluciones que puedan conducir á disminuir los males presentes y á evitar que, siendo aún mayores, se llegue á la total ruina.

Interesados en la prosperidad de esta vieja comarca industrial, vamos á exponer imparcialmente y con algunos pormenores nuestro juicio sobre la actual crisis. Sólo me propongo trazar unos apuntes para conocimiento de los lectores de la «Revista Minera», pues un estudio completo exigiría grandes desarrollos.

Influyen en el conflicto otras causas más de las enumeradas, pues si bien éstas son las que lo han determinado, otras, de que ahora nos ocuparemos, han venido, por decirlo así, preparando el camino para la desconsoladora situación presente. En la Sierra de Cartagena los criaderos, en general, son pobres: la explotación resulta cara, no se hacen nuevos descubrimientos; se halla fundada una zona importante de la región. Antes de tratar estos puntos, y como corroboración de la influencia que tienen en el desarrollo de la minería las causas al principio indicadas, citarémos algunas cifras que sirvan de comparación para explicar el aumento de gastos de las explotaciones en los últimos años.

JORNALES

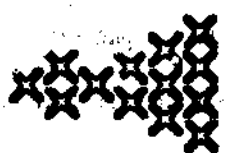
Muchachos, de 1,75 á 2 ptas. á 2,50 á 2,75.
Picadores ó barreneros, de 3 á 3,125 á 3,25.
Maluceros, amasadores, etc., de 2,50 á 2,75.
Maestros lavadores, etc., proporción análoga.

EXPLOSIVOS

Dinamita de 1.ª de 70 pesetas caja á 112.
Cápsulas triples, de 25 pesetas millar á 45.
Mechas sencillas, de 0,25 10 m. á 0,45.
Id. de cinta, vara de 0,50 á 1,00.
Id. goma, id. de 0,75 á 1,50.

IMPUESTOS

Sobre la producción, de 1 por 100 á 3 por 100.



Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.



371 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

le cuanto antes para ver á Jurand y preguntarle.
Cuando llegó al castillo de Janush era ya media noche. Se oía el ruido de la sampoña y el canto de las mujeres que celebran el natalicio de Jesús en pesebre. La princesa se acercó á Zbishko.
—¿Y Danusia,—preguntó.
—No la hemos hallado; Jurand está aún vivo.
—¿Bendito sea Dios!
—La joven de hijo que se quedó en Spichov.
—¿Cómo lo sabes?
—En los equipajes se había vestido alguno suyo.
¿Es posible que se marchara con un solo vestido?
La princesa holgóse de ello y exclamó:
—¡Jesús, tú que has nacido hoy, ten piedad de nosotros.
Por otra parte, la llegada de Jurand sin su hija le parecía una cosa rara.
—¿Por qué la habrá dejado en casa?—preguntó la princesa.
Zbishko le explicó lo que había pensado y la princesa le dijo que ahora que el temible guerrero le debía la vida, indudablemente le daría su consentimiento.
—Cuando vuelva en sí se lo diré todo.—añadió Ana.
—Esperemos que no nos diga que Danusia está enferma.

370 LOS CRUZADOS

Zbishko decidió ir á Spichov, tomar á Danusia que era suya y cumplir su voto, lo cual le era más fácil en la frontera que en Bogdanetz.
—La voluntad de Dios,—repitió el joven con júbilo,—pero se raborizó de su alegría y volviéndose al tcheque, exclamó:
—¡Pobre Jurand!
—Los alemanes le temían como á la muerte,—dijo Glava.—¿Volveremos al castillo? Sí, atravesando Nódberg.
Al llegar allí, Gelek les ofreció algo para comer y les dió una buena noticia. Jurand estaba vivo.
—¡Vivo!—exclamó Zbishko.
—Sí; pero no sé si podrá ponerse en camino.
—Ha hablado de su hija.
—Apenas respiraba.
—¿Y los demás?
—Están en el cielo.
—¡Pobrecitos! no oírán ya otra misa que la que celebra Nuestro Señor en el cielo.
—¿Ninguno queda vivo?
—Ninguno. Os ruego que entréis dentro, pues habiáremos mejor. Si queréis verlos, entrad, pues los cadáveres están en la gran sala.
Zbishko no quería acceder. Desde Nódberg á Tzechanov había gran trecho y Zbishko deseaba salvar-

367 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

—Están más adelante los viajeros,—dijo el mensajero que fué al castillo; pero aquí debe haber también algo. Traed las antorchas.
Se buacó á la luz de ellas y un siervo gritó:
—¡Un hombre bajo la nieve!
—También hay un caballo,—exclamó otro.
Empezaron á quitar la nieve con gran prisa y al poco rato apareció un hombre con la gorra calada y las riendas en la mano. Quizá se adelantó al resto de la caravana y quedó aprisionado por la nieve.
—¡Acercad las luces!—ordenó Zbishko.
Al principio no pudo distinguirse el rostro cubierto de nieve; pero quitada ésta, se escapó un grito de todos los pechos.
—¡El señor de Spichov!
Zbishko dió orden de transportarlo á la cabaña más cercana, y de hacerlo volver á la vida por medio de energías fricciones, mientras él continuaba buscando entre la nieve. Quizá Danusia yada fué el cándido sudario. Al pensar en ello, Zbishko espoleó el caballo.
Se oyó un gemido entre las tinieblas.
—¡Aquí!—gritaron algunos siervos.
Se descubrieron dos coches. Ninguna de las personas que había en ellos ofrecía señales de vida. Unos habían quedado como inmóviles; otros como si ser sepultados bajo la nieve hicieran esfuerzos para li-